

ALEXANDER VON HUMBOLDT.
MI VIAJE POR EL CAMINO DEL INCA (1801-1802).
ANTOLOGÍA, EDICIÓN Y PRÓLOGO DE DAVID YUDILEVICH

Roberto Hozven
Pontificia Universidad Católica de Chile

El libro que presento hoy día¹ se titula *Mi viaje por el camino del Inca (1801-1802)*, de Alexander von Humboldt. Este libro ha sido antologado, editado y prologado por David Yudilevich. Habría que añadir, además, “revisitado” por David doscientos años después. En efecto, ¿quién viaja en este libro? Humboldt con su amigo Bonpland, por supuesto; pero también el antologador Yudilevich; quien vuelve a recorrer el Camino del Inca a través de los textos que él selecciona y compila para explicarnos el contexto cultural que hace del Camino del Inca un monumento de permanente trascendencia histórica y antropológica para todos nosotros.

Para comenzar, sepamos que el Camino del Inca (de una extensión de 5180 kilómetros de largo por 5 a 7 metros de ancho) iba desde el río Mayo, en Colombia, al río Maule, en Chile. Atravesaba todo el Ecuador, el Perú y llegaba hasta la mitad del Chile de hoy. Constituye, indudablemente, una de las maravillas del mundo, no solo del precolombino. Es grandioso por el ingenio con que sus constructores resolvieron los imponentes obstáculos que enfrentaron a través de su difícil recorrido por las altas cumbres de los Andes (donde hay trechos construidos a 4.700 metros de altura sobre el nivel del mar, como en la ladera de Cadlud, en el páramo de Azuay, en Ecuador). Humboldt lo recorre desde su límite norte (río Mayo) hasta Lima, en ese entonces capital del Virreinato del Perú. Escribe Humboldt:

¹ Conservo en esta nota el estilo oral con que presenté este libro dentro del marco de la 24 Feria Internacional del Libro de Santiago, Centro Cultural Estación Mapocho, el jueves 11 de noviembre 2004.

“Constituyen su piso trozos de pórfido trápico de color pardo negruzco. Ninguna de cuántas vías romanas he visto en Italia, en el mediodía de Francia y en España, era más imponente que estas obras de los antiguos peruanos; y lo que es más, me aseguré por medidas barométricas de que se encuentran a la altura de 3.400 mts. sobre el nivel del mar, unos 320 por encima del pico de Tenerife” (127).

David Yudilevich *recompone* el trayecto de Humboldt, para nosotros, mediante un sistema de referencias cruzadas que, a la manera de una representación teatral, dramatiza nuestra lectura, poniendo en escena fragmentos del diario de viaje de Alejandro de Humboldt, de edición reciente por Margot Faak (*Trayecto sobre el río Magdalena, a través de los Andes y México* [Berlín 1986]), así como fragmentos de otros libros de Humboldt: *Cuadros de la naturaleza* (Berlín 1849) y *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* (París 1810), traducidos y publicados en español en 1876 y 1878, respectivamente. David incluye diversas ilustraciones alusivas tanto al trayecto mismo de Humboldt como a la cultura y naturaleza quechua encontradas a lo largo de su camino: mapas, reproducciones de ejemplares zoológicos y botánicos, instrumental científico de que se servían los viajeros ilustrados de los siglos XVIII y XIX (barómetros, cronómetros, sextantes, etc.), portadas de las primeras ediciones de Humboldt traducidas al español, dibujos de cerámicas pergeñados por el mismo viajero, etc.

Al hojear las páginas de esta edición de David, tengo la impresión de ir recorriendo las callejuelas saturadas de objetos del corazón del Persa Bío-Bío o del Rastro de Madrid. Yudilevich, como los artistas visuales dedicados al arte libresco (Carlos Altamirano, por ejemplo), ha construido un libro-objeto; ha intervenido la significación de la frase “Humboldt: sabio recreador de América” transponiéndola en una *instalación cultural*. Quizá sea la única manera de asomarnos al sentido profundo de la propia experiencia científica de Humboldt. Recordemos que David Yudilevich viene de las ciencias, fue un investigador en ciencias biológicas en la Facultad de medicina de la Universidad de Chile, así como en el King’s College de la Universidad de Londres. Y no me extrañaría que David tenga algún hobby secreto, intensamente artístico, cuya práctica también colaboró en la elaboración de esta preciosa edición del trayecto de Humboldt por el Camino del Inca.

El libro se abre con una Nota del editor en la que Yudilevich nos proporciona informaciones sobre las fuentes bibliográficas de su antología: los tres libros de Humboldt ya citados (los *Cuadros...*, los *Monumentos de los pueblos indígenas...* y el *Diario...*), así como de textos e ilustraciones complementarias para ayudarnos a identificar culturalmente el territorio por el que se desplazó Humboldt. Entre estos textos destacan fragmentos e ilustraciones originales de cronistas de los incas como Pedro Cieza de León, Guamán Poma de Ayala y el Inca Garcilazo de la Vega. Añádase

a todo lo anterior una información en Web sobre exposiciones, ciclos de conferencias y organización de simposios, incluyendo las ponencias leídas, realizadas a propósito del bicentenario del viaje de Humboldt a las zonas equinocciales de América. Y, finalmente, antes de los agradecimientos de rigor, nos enteramos de que David editó también, en un pasado cercano, en colaboración con Eduardo Castro Le-Fort, otras dos antologías sobre Carlos Darwin: *Darwin en Chile (1832-1835)* (en 1996 y 1998) y *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* en 1998 y 2000. Ambos libros publicados también por la Editorial Universitaria en Santiago de Chile.

A continuación, nos encontramos con tres poemas alusivos al pueblo quechua. Uno de Pablo Neruda, extractado de la segunda sección del *Canto general*, “Alturas de Macchu Picchu” (1950), otro de César Vallejo, “Huaco”, tomado de *Los heraldos negros* (1918), y un tercero de Gabriela Mistral, “Canción quechua”, de *Ternura* (1950). Los tres poemas tienen algo en común: son melancólicos. Testimonian los efectos devastadores de la Conquista y la Colonia hispánicas en el mundo andino, nombrando *lo que* este mundo perdió irremisiblemente, bajo el poder devastador de la política hispánica. Sin embargo, y aquí reside la melancolía –tal como Freud la distingue del duelo²–, los tres poemas destacan nuestra ignorancia íntima de la trascendencia de esa pérdida, de *lo que con ella hemos perdido nosotros mismos*. La pérdida causada por la política hispánica en América llega hasta hoy día, se proyecta como una sombra hasta el yo de nosotros mismos –conforme a la fórmula freudiana. Estos poemas melancólicos escritos por las tres cumbres de nuestra poesía hispanoamericana se conectan con la crítica que le hizo el mismo Humboldt a la administración virreinal, a propósito de su nulo mantenimiento del Camino del Inca, así como de los acueductos y terrazas precolombinos que acarrearaban el agua desde la cordillera a valles y laderas áridos.

Escribió Humboldt:

“A pesar de la admiración que los conquistadores mostraron por las vías y acueductos de los peruanos, no sólo no se dieron el trabajo de conservarlos,

² En el duelo sabemos *qué* hemos perdido, junto con el paradigma asociado a la pérdida. La pérdida no se sustrae a la conciencia; por ende, podemos procesarla y consolarnos superándola. En la melancolía, por el contrario, la pérdida se sustrae a la conciencia, impidiéndonos procesarla. En consecuencia, conservamos al objeto perdido *en el yo*, como una pérdida de la que no nos podemos recuperar. La pérdida no nos abandona, nos conquista paso a paso, *como una sombra que se proyectara sobre nuestro yo*. El yo se identifica con el objeto perdido, de manera tal que concluye creyendo haber perdido una parte de sí, en lugar de un objeto en la realidad externa –nos explica Freud. Sigmund Freud, “La aflicción y la melancolía”, *Obras completas*. Volumen I. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1967, 1076.

sino que los destruyeron deliberadamente, a fin de utilizar en nuevos monumentos sus piedras talladas artísticamente. Más pronto fue el caso en el litoral, causándose aridez por falta de agua en las alturas andinas y en los profundos valles que surcan esta cadena” (131).

Esta necia devastación llegó hasta la paradoja, ya que “la mayor parte de estos valles en forma de río [se refiere a los valles secos de la pendiente occidental de los Andes, zona de Huangamarca, en Perú] están hoy día sin una gota de agua, aun en tiempos de lluvia en la cordillera” (160). “Horizonte de este mar desierto y sin navíos” es una expresión que David acuña, a la manera de García Márquez, para referirse al entorno de la ciudad de Trujillo (161). “Los conquistadores españoles no solamente no dieron mantenimiento a estos canales, sino que los destruyeron al igual que los caminos” (ibíd.). Añade irónicamente: “Así sería la suerte de la China si los europeos se la adueñaran”. Incluso, “El dueño de una hacienda próxima que nos acompañó en nuestra excursión a las ruinas del Cañar se vanagloriaba de lo que habían contribuido sus antepasados a destruir semejantes edificios [se refiere a monumentos de la antigua arquitectura peruana, tales como fortalezas u hostales al borde del Camino del Inca]” (109). Conmueve la empatía cultural que establece Humboldt –este europeo lejano– con estos vestigios precolombinos, asombra su crítica hacia la Europa culta que, aquí, da muestras de su incuria y barbarismo colonizadores. En términos de hoy en día, diríamos que Humboldt no se “blanquea”, sino que, por el contrario, se “mestiza”. José Martí observaría que este barón prusiano toma el partido de la autóctona América en contra de la falsa erudición de Europa. Humboldt, coincidiendo con Martí, nos señala que la América Precolombina era *ya* sabia y que esa sabiduría no fue conservada ni menos asimilada por España o por Inglaterra (ya que ésta era la nación que en esos años buscaba establecer sus intereses colonialistas en China). ¿O será, acaso, porque Prusia no tuvo intereses colonialistas en el Nuevo Mundo?

Después de los tres poemas sigue un Prólogo. En éste, Yudilevich nos detalla las rutas seguidas por Humboldt en su viaje por América del Sur, Central y del Norte. En uno de los mapas –muy útiles– vemos todos sus trayectos por América, desde 1799 a 1804, y en el otro, paso a paso, su itinerario por el Camino del Inca entre 1801 y 1802. Luego, nos informa sobre el sentido de la antología que tenemos entre las manos: Yudilevich suple la narración que Humboldt no hizo de su exploración de 16 meses por los virreinos de Nueva Granada y de Lima. Vacío narrativo que no ocurrió en el itinerario de Humboldt por las zonas equinociales, del cual dejó testimonio en su *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*.

Un segundo beneficio de este prólogo es su carácter de rescate documental: vemos el texto del pasaporte que le fuera concedido a Humboldt y a su compañero Bonpland, por el Consejero de Estado del rey Carlos III de España, para viajar por los virreinos del Nuevo Mundo; las observaciones que don José de Moraleda (comandante de la corbeta La Castor) escribe sobre Humboldt en su Diario de viaje

entre el Callao y Guayaquil, entre diciembre de 1802 y enero de 1803. Otro es la correspondencia entre Humboldt y Simón Bolívar; otro es el decreto del primer presidente de México, Benito Juárez, reconociendo a Humboldt como ciudadano benemérito de México y ordenando erigirle una estatua de tamaño natural, en mármol, en el año 1859. Lo cual, en México, no significa poca cosa. Recordemos que los mexicanos, a diferencia nuestra –a diferencia de lo que nos enseñó don Andrés Bello–, no reconocieron otra bondad civilizadora de los conquistadores que la protagonizada por Vasco de Quiroga, el misionero franciscano que organizó las artes populares en el estado de Michoacán.

Otro documento que merece punto aparte es una copia del grabado en cobre (hecho por François Gérard y Barthélemy Roger) que sirvió de frontispicio al *Atlas geográfico y físico de las regiones equinociales del Nuevo Continente* de Humboldt, publicado en París en 1834. Yudilevich ilustra la portada de su antología con un óleo, pintado por un autor anónimo en 1865, que se encuentra en el Museo del Banco Central del Ecuador en Cuenca, y que amplía el motivo del frontispicio grabado en cobre por los dos grabadores franceses. Comparando el grabado francés de 1834 con su réplica quiteña en óleo 31 años más tarde –de propiedad del banco de Cuenca y que sirve de ilustración de la portada del libro que presentamos–, lo que primero resalta es el par de féminas ricamente ataviadas que aparecen a la derecha del óleo y que no están en el grabado. ¿Son la viuda y la hija huérfanas de Atahualpa? Es lo más probable por la riqueza de sus indumentarias. El grabado francés no las representa, las omite, es decir las secuestra, son el botín de guerra de los conquistadores. Algo que los grabadores franceses, europeos colonizadores después de todo, entienden muy bien. Por el contrario, la pintura quiteña, que mira el evento desde la óptica del vencido, es lo primero que resalta, la pérdida de sus mujeres; y harto poco consuelo puede proporcionarle al pintor criollo la asistencia –¡qué ironía!– que la mitología europea pueda proporcionarle al desventurado indígena americano por “los males de la conquista”. Frase entrecomillada proveniente del mismo Humboldt y que el editor nos transcribe. Se podría agregar que la actitud humilde y sufrida de Atahualpa, con su cerviz inclinada ante los dioses de la sabiduría, pero también de la guerra (Atenas), y del comercio, pero también del fraude y del robo (Hermes), hacen de este pobre Atahualpa, cubierto con el manto púrpura de la víctima, una verdadera iconografía crística. Estamos –creo– frente a la alegoría de la desventura y de la orfandad de América frente a la rapiña de Europa; única capaz de explicar el sentimiento que le provocaba a Humboldt el frontispicio de 1834, y que le comunica a su amigo François Gérard en las siguientes palabras: “No puedo expresar los sentimientos diversos que inspira este frontispicio”. ¡Cómo habrían aumentado sus sentimientos si hubiese visto el óleo quiteño de 1865, que sirve de frontispicio a este libro póstumo editado por Yudilevich!

Otra contribución de su sugerente prólogo es una síntesis de las principales contribuciones de Humboldt a las ciencias físicas, provenientes de sus estudios americanos. La lista es impresionante: la antropología, la astronomía, la botánica, la geografía, la geología, la geofísica, la meteorología, la oceanografía, la fisiología y la zoología fueron beneficiadas por sus descubrimientos y conocimientos. Finalmente, Yudilevich concluye su prólogo informándonos sobre las relaciones de Humboldt con Charles Darwin: cita las opiniones recíprocas que los sabios tenían el uno del otro y, sobre todo, la admiración que Darwin le profesaba al primero por la influencia que tuvo la lectura de la *Narrativa personal*, escrita por Humboldt, para el desarrollo de su propia obra.

Finalmente, resalta la elaboración de los Anexos y la Bibliografía de esta edición. En los Anexos, Yudilevich destaca la visión futurista que Humboldt tenía del destino de América. Especialmente sobre la trascendencia que tendría para la civilización y comercio americanos la habilitación de una comunicación interoceánica entre los océanos Atlántico, en el Golfo de México, y el Pacífico. Igualmente, es de mucha utilidad la elaboración del Itinerario y Cronología resumidos del viaje de Humboldt, desde el 10 de septiembre de 1801 al 24 de diciembre de 1802. Este itinerario constituye un modelo reducido de las actividades científicas del sabio, así como de sus relaciones con otros sabios locales. De inmediato, los admiradores de Andrés Bello sentimos una curiosidad: ¿cómo ocurrió la relación de Humboldt con don Andrés en Caracas? Nos hace falta otro Yudilevich para satisfacer esta curiosidad.

Las bibliografías son exhaustivas y ejemplares. Tenemos una sobre las obras recientes de Humboldt editadas en español; otra sobre la obra americana extensa de Humboldt; otra sobre la obra crítica escrita a propósito de la obra de Humboldt y todavía otra sobre los Incas mismos. Agréguese a lo anterior una elaboración de cinco Índices alfabéticos: General, Toponímico, de Personas y Autores citados por Humboldt, de Personas y Autores citados por el texto del editor y de Ilustraciones. Celebro la elaboración de estos índices, indispensables para este tipo de trabajos y que se echan mucho de desear en libros de este género escritos en español.